

## LA LINGÜÍSTICA ANDINA FRENTE AL DESAFÍO INTERDISCIPLINARIO

Willem Adelaar<sup>a</sup>

La selección de contribuciones que componen este número del *Boletín de Arqueología PUCP* muestra que la confrontación de las dos disciplinas implicadas, la arqueología y la lingüística, puesta en marcha por las conferencias de Cambridge y Londres (2008), así como la de Lima (2009), ha motivado una multitud de ideas nuevas, sin que se llegue, por lo tanto, a un consenso que tome en cuenta el panorama general de ambos terrenos. Lo que es más, las seguridades que durante mucho tiempo han dominado el campo de la lingüística histórica andina han empezado a debilitarse. Hechos y conclusiones que hasta hace poco formaron parte de un escenario aparentemente consistente se están abriendo a nuevas interpretaciones, cuya validez y consecuencias quedan por investigar. Sin embargo, aprovechando esta oportunidad única, tanto arqueólogos como lingüistas han realizado un admirable esfuerzo por emparejar los resultados de sus investigaciones, seleccionando, dentro de la otra disciplina, los datos e interpretaciones más propicios para tal empresa.

En el campo lingüístico, la revisión más radical reside en las propuestas metodológicas presentadas en el artículo de Beresford-Jones y Heggarty, elaboradas con mayor detalle en el otro trabajo de estos autores (*cf.* Heggarty y Beresford-Jones, este número). Su perspectiva se inscribe dentro del afán de aplicar al escenario andino modelos de relevancia universal formulados por Renfrew en torno a la coincidencia de la difusión de familias lingüísticas con la dispersión expansiva de la agricultura en áreas de asentamiento humano a escala mundial. Renfrew presenta varios modelos de posibles cambios lingüísticos en un contexto espacial definido, dando especial atención a los modelos de sustitución lingüística (dispersión de lenguas con agricultura o tecnología de subsistencia superior y el resultante impacto demográfico, difusión de una *lingua franca* en un contexto comercial, dominio de una elite que impone su lengua a una población sometida y, finalmente, el colapso de una sociedad existente).

La relativa juventud de las principales familias lingüísticas andinas, la familia quechua y la aimara, dificulta el establecimiento de vínculos inequívocos con la dispersión de tecnologías agrícolas, cuya presencia en el contexto andino es de antigüedad mucho mayor. No se encuentra en los Andes una familia lingüística con una profundidad temporal comparable con la de la familia indoeuropea, lo que permitiría establecer una relación más o menos probable con la introducción y difusión de la agricultura. Además, como bien lo señala Dillehay, la agricultura andina se caracteriza por una variación demasiado grande, en las tecnologías utilizadas y en la selección de plantas cultivadas, como para tratarla como un proceso monolítico.

Como alternativa, Beresford-Jones y Heggarty proponen un modelo en el que se atribuye la difusión actual de las familias lingüísticas andinas de mayor éxito expansivo a unas «fuerzas motrices» (*driving forces*) representadas por centros de poder político-militar, cuya existencia en el pasado ha sido comprobada por la investigación arqueológica. La fecha tardía de la expansión incásica, que fue iniciada en el siglo XV d.n.e. y que en sus comienzos ya contaba con la amplia distribución del quechua y del aimara, lleva a dichos autores a asignar los movimientos de expansión de estas dos unidades lingüísticas a la segunda mitad del Horizonte Temprano (*c.* 1000-200 a.n.e.) y al Horizonte Medio (*c.* 500-1000 d.n.e.). En concreto, esto equivale a afirmar que el Horizonte Medio habría estado asociado con la expansión inicial del quechua, mientras que el Horizonte Temprano podría haber brindado el escenario de una dispersión, mucho más distante en el tiempo, del aimara.

---

<sup>a</sup> Leiden University Centre for Linguistics.  
Dirección postal: P.O. Box 9515, 2300 RA Leiden, Holanda.  
Correo electrónico: W.F.H.Adelaar@hum.leidenuniv.nl

En el caso del Horizonte Medio, el centro de difusión del quechua habría sido la capital del Estado huari, en Viñaque, lugar ubicado a poca distancia de la actual ciudad de Ayacucho. La estructura centralista y la organización político-militar del Estado huari podrían haber inspirado la organización del Imperio incásico concentrada en su capital del Cuzco. Desde un punto de vista arqueológico, Isbell confirma la hipótesis de una penetración quechua procedente de Huari mediante un análisis de los asentamientos huari que se encuentran dispersos en los Andes meridionales del Perú (Arequipa, Ayacucho, Cuzco, entre otros) y que podrían marcar los caminos de una primera entrada del quechua en aquellas comarcas, culminando en el enorme asentamiento huari de Pikillaqta, a poca distancia del Cuzco. Estos asentamientos datan, entre otros, del siglo VIII d.n.e., lo que coincide con el auge del Imperio huari. Isbell también plantea que la difusión del quechua I en el Perú central podría haberse producido mediante el control, más bien indirecto, de esta región por parte del Estado huari, atribuyendo, de esta manera, la totalidad de la expansión inicial del quechua a aquella entidad estatal.

Una posibilidad adicional de expansión procedente de Huari, hipótesis aún precaria, concierne a la existencia de asentamientos huari en la región de Cajamarca, investigados por Watanabe. De ser comprobada, tal expansión podría coincidir con la introducción del quechua cajamarquino, cuyo carácter arcaico presupone una entrada temprana y contemporánea con el Estado huari en aquella región.

Durante el Horizonte Temprano, Chavín de Huántar, pese a su carácter religioso y no militar, podría haber formado un centro de expansión lingüística, esta vez del aimara, como lo sugiere el modelo de Beresford-Jones y Heggarty. Sin embargo, en su aporte, Kaulicke recalca la ubicación periférica de Chavín, alejada de los centros de mayor interacción cultural y comercial, los que, en el primer milenio a.n.e., se encontraban principalmente en la costa y sierra norte del Perú. Las observaciones de Kaulicke reafirman la duda, generada por la antigüedad del Horizonte Temprano, en cuanto a la posibilidad de que Chavín hubiera constituido la fuerza motriz detrás de la supuesta expansión del aimara. No se puede excluir la posibilidad de que el centro de difusión del aimara durante el Horizonte Temprano haya sido un centro, costeño o serrano, diferente de Chavín. En este contexto, también es bueno mencionar la crítica formulada por Dillehay relacionada con el concepto de 'horizonte', que obliga a razonar en términos de influencias procedentes de centros particulares sin que eso sea estrictamente necesario.

La propuesta de Beresford-Jones y Heggarty, que atribuye la primera difusión del quechua al Estado huari, no ha ganado aceptación general. Cerrón-Palomino se adhiere a la hipótesis, originalmente formulada por Torero (1974), de que el territorio constituido por la región costera de Nazca y el área andina de Ayacucho tuvo una identidad lingüística aimara, como consecuencia de la interacción ocurrida entre estas dos regiones al final del Período Intermedio Temprano y al comienzo del Horizonte Medio. En esta perspectiva, el Estado huari hubiera sido la fuerza motriz detrás de la difusión de una gran parte de las etnias de expresión aimara en la sierra sur peruana, y no del quechua. También según Cerrón-Palomino, las influencias del aimara encontradas en el quechua I del Perú norcentral se explicarían por medio de un superestrato aimara ocurrido durante la expansión del Estado huari. En mi contribución, postulo una posición intermedia, que atribuye a la influencia huari la distribución simultánea del quechua II (incluyendo el quechua surperuano y el quechua de la costa surcentral) y de distintas variedades del aimara, partiendo de la suposición de que el Estado huari fuera multilingüe.

Siguiendo una hipótesis de vigencia establecida, Cerrón-Palomino atribuye la difusión del quechua surperuano a movimientos migratorios originados en la costa surcentral del Perú. Las ricas fuentes etnohistóricas de la época colonial inicial, en particular, Betanzos (1987 [1551-1557]), Murúa (1962 [1613]) y las *Relaciones geográficas de Indias* (Jiménez de la Espada 1965 [1881-1897]) favorecen tal interpretación. De hecho, un argumento en contra del origen huari del quechua sería la presencia escasa de quechuahablantes en la zona de Ayacucho y Huari señalada en fuentes del siglo XVI. Según Cerrón-Palomino, el quechua surperuano tuvo su origen en la región costera de Chincha. Al ser introducida en la sierra meridional del Perú, la variedad de esta lengua de ese asentamiento urbano habría perdido sus rasgos típicamente costeños, como la sonorización de consonantes tras nasal (*inka* > *inga*, *kunti* > *kundi*, entre otros), bajo la influencia de lenguas ya presentes en aquella área, entre las que figurarían el aimara y el puquina. Este fenómeno de regresión lingüística es denominado deschinchaización en la contribución de Cerrón-Palomino.

Se advierte una discrepancia en la importancia atribuida por Beresford-Jones y Heggarty, por un lado, y Cerrón-Palomino, por otro, a los documentos etnohistóricos de la época colonial como fuentes primarias.

Los dos autores británicos parecen mantener en primer lugar su adhesión al modelo que proponen. Cabe señalar que el emparejamiento de las fuentes coloniales con las observaciones de carácter lingüístico merece igual atención que la concordancia de estas últimas con los resultados de la investigación arqueológica.

Un área de debate independiente de lo discutido en los párrafos precedentes concierne al rechazo, por parte de Beresford-Jones y Heggarty, de la bifurcación de la familia lingüística quechua en dos ramas principales, quechua I y quechua II, así como su invocación por una reclasificación de los dialectos quechuas en términos de un *continuum* dialectal. Esta propuesta solo toca marginalmente el tema central, aunque Isbell sugiere que las dos divisiones del quechua, quechua I y quechua II, formaron parte de un único movimiento expansivo procedente de Huari. En mi contribución he recapitulado algunos argumentos, principalmente morfosintácticos, a favor de la validez de la bifurcación quechua I/quechua II.

Otro aspecto que aparece en varias contribuciones de contenido lingüístico es la relación geográfica entre las dos familias lingüísticas andinas, así como su evolución en el transcurso del tiempo. Los emplazamientos consecutivos de los grupos lingüísticos, separados en el espacio, alternan con fases de superposición, necesarias para explicar el paralelismo morfosintáctico. Los autores difieren en sus preferencias por una lengua de superestrato (aimara en los casos de Beresford-Jones y Heggarty, y de Cerrón-Palomino, quechua en el caso de mi planteamiento).

La selección de tópicos tratados en el presente volumen refleja la importancia creciente acordada en la actualidad a las lenguas locales con documentación deficiente. La delimitación geográfica, fundamentada en la toponimia superviviente, y la desaparición prematura de la lengua puquina constituyen temas cuya relevancia transluce en las contribuciones de Bouysson-Cassagne, Cerrón-Palomino y Domínguez. Mientras que Bouysson-Cassagne reconstruye la historia de los puquinahablantes y su paulatina desaparición, identificando los últimos reductos en que la lengua supo mantenerse hasta un tiempo relativamente reciente (Coata, Capachica), Domínguez somete las fuentes etnohistóricas disponibles, como la llamada Copia de Curatos publicada por Bouysson-Cassagne (1975), a un examen crítico. Domínguez llama la atención hacia el hecho de que no solo el valle de Moquegua y las localidades mencionadas en la Copia de Curatos pertenecieron al territorio lingüístico puquina, sino también la zona norte de la parte andina del departamento de Puno, que quedó fuera del foco de atención por haber pertenecido en la época colonial al obispado del Cuzco (y no al de La Plata). Al mismo tiempo, Cerrón-Palomino documenta la expansión del puquina en dirección del Cuzco sobre la base de su clara presencia en el ámbito religioso e ideológico de la casta gobernadora inca.

Es importante señalar que ninguno de los autores de formación lingüística se pronuncia a favor de la posibilidad de una identidad aimara asociada con la sociedad de Tiahuanaco (y tampoco con las culturas locales de Pucará y Chiripa). Este papel queda reservado para el puquina, tal vez el uruquilla y, sin duda, para otras lenguas extintas cuya existencia ignoramos. La razón principal de este punto de vista es la interrelación y convergencia histórica de los linajes quechua y aimara, que requieren su emplazamiento en regiones más norteñas durante el Horizonte Medio. Sin embargo, Makowski mantiene abierta la posibilidad de una aimarización de la cuenca del Titicaca anterior al Período Intermedio Tardío. El mismo autor atribuye la extraordinaria dispersión del aimara a su asociación con Tiahuanaco y propone que el aimara fue la lengua general de la parte sur de los Andes centrales durante el Horizonte Medio. Los vestidos y atuendos de los gobernantes huari, así como su iconografía, sugieren un origen altiplánico, que también podría haberse expresado por medio del idioma.

Un aspecto novedoso y particularmente interesante es la atención brindada en este número del *Boletín* a otra lengua esquiva: el culle, de la parte norteña de Áncash (Pallasca) y de la sierra de la Libertad y Cajabamba. Andrade examina la posible extensión del culle hacia el departamento de Cajamarca en base a topónimos y léxico especializado, identificando varias capas lingüísticas consecutivas (den, culle y quechua). La contribución de Lau nos brinda un estudio ejemplar en el que se combinan argumentos arqueológicos y lingüísticos relacionados con una zona delimitada, la sierra de Áncash. Se plantea la cuestión de si la cultura Recuay, del Período Intermedio Temprano, estuvo asociada con una sociedad cullehablante, o si tuvo una identidad lingüísticamente mixta con el culle en el sector norte y el quechua en la parte sureña. Es interesante advertir que Lau mitiga la importancia de la presencia huari en la región ancashina durante el Horizonte Medio, lo que abre la perspectiva de un asentamiento del quechua I anterior a la expansión huari.

El papel del *agropastoralismo*, tan esencial para la comprensión del mundo andino, es el tema de la contribución de Lane y también recibe atención en el aporte de Dillehay. Lane indica que esta actividad pudo haber funcionado como el vehículo de una difusión lingüística. De este modo, sostiene que la difusión del quechua en la región norcentral, particularmente en Áncash, podría estar relacionada con la predominancia del agropastoralismo llacuz en aquella región al final del Horizonte Medio. Tal escenario concordaría con la propuesta de Lau relativa a la identidad culle de Recuay, pero también con un modelo de convergencia, tal como lo propongo en mi contribución, para una época mucho más temprana (a comienzos del Período Intermedio Temprano). Es interesante señalar que los agropastoralistas no necesariamente diseminaron una sola lengua. Si el quechua I fue la lengua difundida en la sierra norcentral, la lengua introducida en la región altiplánica alrededor del lago Titicaca habría sido el aimara. Dillehay advierte que, probablemente, hubo reemplazos de lenguas y que diversos cambios de carácter económico, social, ecológico, entre otros, al igual que lingüísticos, pudieron haber afectado a grupos étnicos específicos sin que esto fuera visible arqueológicamente.

El estudio de Fehren-Schmitz es la única contribución al volumen en la que los resultados de una investigación genética ocupan el lugar central. Las observaciones de Fehren-Schmitz coinciden con la impresión general de los arqueólogos, en el sentido de que las incursiones y conquistas del pasado andino generalmente procedieron de la sierra en dirección de la costa y no en el sentido contrario. Fustigada por sequías y otros desastres naturales, la población aborígen de la costa sur peruana terminó por ser desplazada completamente a fines del Período Intermedio Temprano. De estas observaciones se puede derivar la vulnerabilidad de la población de los valles costeros, muchas veces superpoblados en tiempos de bonanza climatológica, pero carente de recursos en tiempos de sequía prolongada, y su falta de movilidad defensiva frente a los grupos serranos familiarizados con un terreno andino extenso y variado. Los hallazgos algo inesperados de investigadores de genética como Fehren-Schmitz constituyen un motivo de reflexión para nosotros, estudiosos de las lenguas andinas, debido a que nos obligan a reconsiderar las propuestas que asignan la difusión de lenguas andinas a las sociedades costeñas.

## REFERENCIAS

### Betanzos, J. D. de

1987 *Suma y narración de los incas* (prólogo, transcripción y notas por M. del C. Martín Rubio; estudios preliminares de [1551- H. Villanueva, D. Ramos y M. del C. Martín Rubio), Atlas, Madrid.  
1557]

### Bouysson-Cassagne, T.

1975 Pertenencia étnica, status económico y lenguas en Charcas a fines del siglo XVI, en: N. D. Cook (ed.), *Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo* (introducción y versión paleográfica de N. D. Cook y estudios de A. Málaga), 312-328, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

### Jiménez de la Espada, M.

1965 *Relaciones geográficas de Indias* (edición y estudio preliminar de J. Urbano Martínez Carreras), Biblioteca de Autores Españoles CLXXXIII, CLXXXIV, CLXXXV, Atlas, Madrid.  
[1881- 1897]

### Murúa, M. de

1962 *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* (introducción y notas de Manuel Ballesteros-Gabrois), [1613] 2 vols., Joyas Bibliográficas. Biblioteca Americana Vetus, Góngora, Madrid.

### Torero, A.

1974 *El quechua y la historia social andina*, Dirección Universitaria de Investigación, Universidad Ricardo Palma, Lima.